



“La Señora Planchita”: ¿un cuento queer?”

Santiago Abel (FaHCE-UNLP)

El propósito de esta ponencia se orienta, exclusivamente, a analizar el cuento “La Señora Planchita” de Graciela Beatriz Cabal desde una perspectiva de género. Estas indagaciones parten del trabajo final del seminario de doctorado “Infancias y Literatura” dictado por la Doctora Valeria Sardi en el año 2015. Si entre las reflexiones detalladas de los intersticios de la historia, se filtrara algún elogio demasiado burdo es porque, después de numerosas lecturas, este cuento me terminó gustando mucho.

La literatura muchas veces es precursora, otras veces no. Estas oscilaciones son más complejas en el campo de la denominada “literatura infantil”, que corre el riesgo y los prejuicios de volverse infantilizante y estar condenada a ser una literatura menor. Dando batalla en este campo, el cuento de Graciela Beatriz Cabal “La Señora Planchita” logra construir una historia que no es particularmente revolucionaria (las nenas un poquitito, un poco, bastantes y requete varoneras existieron siempre), ni va a convertir a las princesas en guerreras, pero sí va a presentar una variable del cuento infantil que discute los géneros, tanto literarios como sexuales.

Si bien el carácter académico del estudio me permitía discutir qué sería una literatura queer, prefiero enmarcar la discusión hacia las aulas de las escuelas argentinas en las que, a partir de la implementación de la Ley de Educación Sexual Integral, lxs maestrxs y profesorxs de literatura deben seleccionar un corpus de textos para discutir algunas concepciones de género. Pienso que, en esta búsqueda, es importante detenerse en “La Señora

Planchita”, en primer lugar, porque se diferencia de textos como “Nicolás tiene dos papás”¹ que presentan una familia modelo (familia homoparental pero modélica y sin conflicto alguno). Si bien la definición de familia se ha ampliado bastante, incluso en la Real Academia Española cuya máxima vanguardia es alcanzar la corrección política, si tengo que graficar una familia, me aparece un matrimonio heterosexual con dos hijos: un varón y una niña², es precisamente este tipo de familia el que aparece representado en este cuento, más como un modelo en crisis que como un estereotipo a reproducir.

Si bien recomiendo la lectura (no solo en forma silenciosa y personal sino en voz alta, a otros adultos o a niñas y niños, a alumnas y alumnos), haré un breve repaso por el argumento. El cuento forma parte del libro *La Señora Planchita y un cuento de hadas pero no tanto* (1992), el título del primer cuento es “La Señora Planchita” y lo que abre el cuento es, otra vez, el nombre de este personaje, pero con el apellido de casada: La Señora Planchita de la Fuente. El uso del posesivo “de” para las mujeres casadas como símbolo de pertenencia aquí está enfatizado por el hecho de que la Señora Planchita no tiene realmente un nombre, como Carmen, Luisa o Norma, sino que es nominada mediante la metonimia “Planchita”, ya que planchar es la actividad que realiza mientras mira la novela de las tres de la tarde y lo que la diferencia de su cuñada Gladys “que aprovechaba las telenovelas para quedarse lo más Pancha, tirada sobre un sillón” (1999: 12). El verbo *aprovechar* no tiene las mismas implicaciones para Gladys que para la Señora Planchita. Mientras Gladys aprovecha para mirar la novela, la Señora Planchita, con el mismo verbo lo que hace es trabajar, planchando. En realidad tampoco se podía dedicar a mirar su novela porque se había roto el televisor y “[l]o único que se podía ver era una raya finita” (1999: 14). La narradora, alter ego de la Señora Planchita, valora positivamente su

¹ Si bien el cuento no vale para nada la pena, lxs curiosxs pueden consultarlo en <http://www.supermadre.net/libro-nicolas-tiene-2-papas/>

² Debo aclarar que me encuentro en contra de la corrección política ya que resulta obstaculizadora tanto de la enseñanza como de la investigación en donde debemos discutir representaciones en lugar de pensar cómo enunciarlas para que oculten o disimulen prejuicios y violencias.

accionar. La tranquilidad inalterable de la Señora Planchita no parece romperse ni siquiera con la llegada de su suegra, pero sí con su hija Florencia que "les había salido un poco, un poquito, un poquitito... varonera" (1999: 16). Tras varias acusaciones de parientes y vecinos por jugar a la altura de los varones, la Señora Planchita no decía nada. Cuando aparece la suegra, doña Lola, no se defiende ante las acusaciones que le hace, se queda callada. La abuela le trajo a su nieta un costurerito y a su nieto un juego de química, Florencia se queja diciendo que era ella la que había pedido el juego de química, su madre intenta mantenerla callada. Esa noche, la Señora Planchita quiere charlar con su marido "la cosa con la Florecita", el marido le dijo "que lo dejara dormir" (1999: 26). La que no se pudo dormir fue la Señora Planchita que se levantó, se fue a planchar y recordó tres escenas. En la primera la retan por decir una mala palabra, en la segunda le recomiendan dejar los estudios tras haber sacado una mala nota y en la tercera la vuelven a retar, esta vez porque se había golpeado por estar jugando afuera "por andar haciéndose la varonera. La varonera. Como Florecita" (1999: 30). Después de esa revelación, que demuestra un cambio de actitud en la protagonista, decide que al día siguiente no va a limpiar ni barrer, ni mirar la novela sino salir con su hija al cine, a comer chocolate con churros y, lo más significativo para este trabajo a hablar. La aparición, futura, de la voz propia, no ya adentro del cuento, es tan significativo que la Señora Planchita no sólo logra hablar sino tener un nombre propio: Aurora.

Llama la atención las pocas apariciones del Señor de la Fuente en el cuento. La primera es recién en la página 15, donde se lo define como un "hombre buenísimo pero tan recto que a veces metía miedo". Prácticamente, solo aparece su voz en el cuento para aclararle a la Señora Planchita que no la iba a ayudar porque "la educación de los chicos, en especial la de la nena, era cosa de ella; que él ya tenía bastante con los dos trabajos y las changas" (1999: 26). Esta cita es compleja, ya que no presenta a un hombre ni violento ni censorador al cual se lo puede señalar como el único culpable de todos los males, sino que su figura cansada puede pensarse también como producto de las desigualdades de clase y de género. Diciendo esto no pretendo dejar de lado que la única ayuda que le da a su esposa es económica y que no reconoce todo

el trabajo diario que realiza cuando la acusa de que ella no tiene que ganarse el pan. Sin embargo, a partir de este diálogo podemos ver que las relaciones matrimoniales, muchas veces, son más complejas que un juego de villanos en el que los buenos luchan contra los malos y las desigualdades de género, a este punto quiero llegar, están atravesadas por los conflictos de clase.

En el libro *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta* de Isabella Cosse, cuyas fuentes son revistas "femeninas" argentinas de los años sesenta, se afirma que el hecho de consolidar "una familia doméstica les otorgaba prestigio y respetabilidad y los diferenciaba de los sectores populares" (2010: 14), aparecen algunas claves para entender la estructura de familia planteada en el cuento. Si bien los años sesenta son previos a la temporalidad en la que situamos el cuento, podemos encontrar algunas características de las analizadas por Cosse representadas en el cuento. En primer lugar, la importancia de la familia como forma de prestigio en un contexto de empobrecimiento económico y los rituales que estaban establecidos para llegar a él. Otro de los puntos en los que hace énfasis es la conservación de la virginidad ya que "El 'respeto' de hombre implicara que no hubiese contacto sexual" (Cosse, 2010: 75). Desde el inicio del vínculo, la represión del deseo aparece como la clave de lograr un matrimonio exitoso. El cuento no habla de goce, más allá del momento en el que la Señora Planchita plancha para pensar en otra cosa. Me animo a postular que Aurora, de todas formas, se entrega a los consejos que Cosse rastrea en las revistas en relación a la noción de "felicidad" en las imágenes publicitarias. Como sucede actualmente con las propagandas de Glade, Cif y Míster Músculo, es que, lo que se debe hacer, lo que una mujer debe hacer para ser y hacer feliz, es que la casa brille. La Señora Planchita vive este tipo de felicidad: por más que el televisor funcione mal, ella "suspiró feliz: la cocina brillaba y un delicioso olor a pino subía desde la rejilla" (1999: 11). Esta búsqueda de felicidad es constante, el personaje está todo el día lustrando. Sin embargo la vecina del tercero a la calle y el calesitero de la plaza España le critican la forma que tiene de educar a su hija y su suegra, doña Lola, además de cuestionarle cómo cuida a su hija y su excesiva falta de interés en cocinar dulce de tomate,

también descubre que tiene un zapallo podrido en la heladera. A todas estas acusaciones la Señora Planchita responde con el silencio o la pasiva aprobación. Según Cosse, este "conflicto entre el orden del deseo y los mandatos sociales caracterizó al género del melodrama, que marcó y a la vez expresó la sensibilidad sentimental" (2010: 74). La diferencia entre los melodramas y este cuento es el desenlace en el cual la Señora Planchita no descubre que el Señor de la Fuente es el amor de su vida, tampoco que se tiene que separar. Lo que descubre, o recuerda, son los momentos de su vida que la llevaron a, entre otras cosas, saber quedarse callada. En primer lugar un día en el que le lavaron la boca con jabón por decir una mala palabra y otro que en el que su padre le recomienda abandonar sus estudios porque "si tenía dos aplazos a lo mejor era porque la cabeza no le daba" (1999: 28). Subrayo la importancia de estas citas ya que dan cuenta de una noción del género como construcción y, fundamentalmente como *enseñable*. Este momento en el que se le sugiere a Aurora interrumpir sus estudios por su condición de género expone de una forma brutal cómo seguir las imposiciones de género, lleva a este personaje a alejarse de sus deseos, estudiar en primer lugar. Para deconstruir estas imposiciones no hay recetas, no alcanza con cocinar dulce de tomate, limpiar los pisos hasta que brillen y lograr que el trapo de la cocina tenga un suave olor a lavanda, tampoco ser varón (recordemos que la imagen que se presenta del Señor de la Fuente está muy lejos de un modelo felicidad, trabaja todo el día y llega a la casa triste y cansado), ser varonera tampoco aparece como un camino posible para correrse de los estereotipos de género. La palabra "varonera" aparece para señalar que Florencia no puede jugar a la par de su hermano, no puede defenderse con su fuerza, trepar árboles, ni pedir un juego de química.

En los últimos párrafos del cuento, Aurora le promete a su hija que van a hablar, no dice de qué, pero es mediante la palabra que se puede reflexionar sobre el mundo y cuestionarlo y ahí sí Aurora cuestiona los mandatos y deja de reproducir ya que en lugar de censurar la palabra, abre el diálogo, se anima a decir y a escuchar. De esta forma el cuento no propone cambiar de una forma determinada a las familias o a los estereotipos de género, sino que subraya la importancia de ponerlos en discusión.

Ensenada, FAHCE-UNLP, 13 y 14 de mayo de 2016
sitio web: <http://jornadasplan.fahce.unlp.edu.ar/> - ISSN 2346-8807

Aunque podríamos fijar la temporalidad del cuento en la década del ochenta, cité bibliografía que refiere a las revistas de los años sesenta porque muchos de los mandatos gestados en esa época siguen vigentes y encajan con las lógicas presentadas en el cuento. Lo tradicional de esta familia puede suponer que nos encontramos ante una historia de otro tiempo, de familias y costumbres extinguidas que no existen más aunque estas prácticas no hayan perdido actualidad. Sin ir más lejos en el trabajo "¡Linda, libre y loca!" presentado por Mariana Cusani en las últimas Jornadas de Poéticas de la Literatura Argentina para Niñ@s, la investigadora se sorprende al descubrir que su propia madre, de la misma forma que la abuela del cuento le regala a Florencia un costurerito, le regaló a su hija una escobita y una palita para barrer.

La irrupción de la palabra "varonera" en la página 16 produce un interesante estallido de género. Este calificativo de tinte peyorativo sorprende porque remarca que el género puede ser violento y, sin ninguna duda, cercena las libertades de los sujetos. Este efecto se produce gracias a la construcción de la voz narrativa que está siempre muy cerca de la Señora Planchita pero no es ella. Si bien la voz está focalizada en Planchita, que ella no hable en primera persona enfatiza el hecho de que no tenga voz, ni siquiera en su propio cuento. El cuento, insistimos, se llama "La Señora Planchita", ella es central en cada una de las escenas y, ya sobre el final de la historia, realiza el más radical de los cambios saliendo de su casa, tomando un nombre (Aurora) y una voz. Sin embargo la palabra "varonera" resuena fuerte, tan fuerte, sobre Florencita que podemos desviar la mirada hacia ella, disminuida, no solo desde la edad, sino también desde su género (femenino) y desde su edad que habilita a que la llamen Florencita. Sin embargo Florencia juega a la par del hermano, enuncia sus deseos (que quiere un juego de química y no un costurerito) y sus opiniones (cuando su abuela lleva dulce de tomate y aclara que a ella y a su familia solo le gusta el dulce de leche). Su madre piensa que tiene que hacer algo, pero nunca la reta. Lo que hace esa palabra, varonera, es señalar que se abrió la puerta a un mundo prohibido para las mujeres. Este violento señalamiento nos obliga a poner la mirada sobre Florencia, como lo hacen todos los personajes del cuento

haciéndonos olvidar, dejando de lado, como deja de lado, primero su padre, después su marido y hasta ella misma, a la propia Aurora.

Aunque la palabra se suele relacionar con identidades abyectas, elegí preguntarme en el título a este trabajo, si esta historia podría ser considerada *queer*. Es difícil pensar en identidades disidentes ya que se trata de una familia tradicional. Sin embargo, si pensamos en prácticas en lugar de en identidades, este cuento sí es disidente. Que "La Señora Planchita", un cuento escrito para niños y niñas, proponga discutir los roles de género impuestos históricamente dentro del hogar es sumamente disruptivo. La familia aparece numerosas veces representada como un vínculo que genera felicidad, ya sea en parejas de humanos, de animales humanizados, parejas gays, lésbicas u heterosexuales. En esta historia se pone el foco en la familia, poniéndola en discusión para reflexionar las formas que tenemos de vincularnos y perpetuar estereotipos de género. Este cuento, pensado en un aula, enmarcado en la ESI, nos permite discutir los vínculos entre varones y mujeres dentro de una familia (no para decir que la familia es mala y opresora, tampoco que es una fuente de felicidad infinita) sino para analizar distintos y múltiples sentidos dentro de estos vínculos, propios de la sociedad actual.

Bibliografía

Cabal, G. B. (1999), *La señora planchita y un cuento de hadas pero no tanto*, Buenos Aires, Sudamericana.

Cosse, I. (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

Cusani, M. (2014), "¡Linda, libre y loca!". En *Actas VI Jornadas de Poéticas de la Literatura Argentina para Niñ@s*, La Plata, UNLP. Disponible en:

<http://jornadasplan.fahce.unlp.edu.ar/vii-jornadas-2016/vi-jornadas-2014>

Walter, N. (2010) *Muñecas vivientes. El regreso del sexismo*, Madrid, Turner.

Ensenada, FAHCE-UNLP, 13 y 14 de mayo de 2016
sitio web: <http://jornadasplan.fahce.unlp.edu.ar/> - ISSN 2346-8807

Zipes, J. (2014) *El irresistible cuento de hadas. Historia cultural y social de un género*, México, FCE.

Ensenada, FAHCE-UNLP, 13 y 14 de mayo de 2016
sitio web: <http://jornadasplan.fahce.unlp.edu.ar/> - ISSN 2346-8807